

Número 4.

Suplemento Literario mensual

Abril de 1902

Los cuentistas españoles ⁽¹⁾

A Antonio Cortón.

Del siglo XVII se ha dicho con razón que era el siglo de oro de las letras españolas. La novela clásica y el teatro clásico nacieron por aquellos tiempos, lo cual sin embargo no quiere decir que antes no se hubiesen ya escrito cosas muy hermosas que aun hoy buscan con afán los eruditos y saborean con deleite los hombres de buen gusto, conocedores de los resortes ingeniosos de nuestra antigua habla castellana. Pero en realidad de verdad, aquel siglo puede considerarse como un portento glorioso y monumental de nuestra literatura. Si esto no fuese así, no hubieran venido luego otras naciones—Francia, sobre todo, que tanto alardea siempre de ser la primera en bellas artes y en todo—á saquear á nuestros autores para apropiarse multitud de sus obras ó plagiarlas á porrillo.

A esas novelas cortas de la época que bien

(1) Hé aquí los fragmentos de la introducción de una *Antología de cuentos españoles contemporáneos* que ha publicado la Casa editorial de la viuda de Bouret de Paris. Arturo Vinardell, —cuya es dicha introducción, que sentimos no poder publicar íntegra— ha confeccionado discretamente el libro.

pudiéramos llamar picaresca por lo que se refiere á los asuntos que de ordinario escogían los autores para componerlas (y que hoy muchos tartufos á la moderna calificarían sin duda de pornográficos), les damos actualmente el nombre elástico de cuentos; y en verdad cuentos son —más que novelas, con todo y llamarlas *ejemplares* su propio autor—los que escribió Cervantes después de su inmortal *Quijote*, como mero pasatiempo y mientras se preparaba para dar á luz

puesto ya el pie en el estribo
y con las ansias de la muerte

aquellos *Trabajos de Persiles* que habían de ser el primer fracaso y el último rayo de gloria de aquel poderoso y privilegiadísimo cerebro. Cuentos son, que no novelas más ó menos cortas, aquellos cuadros salpimentados de intención y de gracia con que inmortalizó su clarísimo ingenio el autor siempre admirable del *Gran Tacaño*, de la *Zahurda de Plutón* y de tantas otras joyas que son ornamento y prez de nuestra antigua prosa castellana.

Pero con todo y ser tanto y bueno lo que dejaron escrito nuestros clásicos dentro del género de la novela corta, que hoy hemos bautizado con la denominación más adecuada de cuento, hemos de confesar, mal que pese á los que aun

se refocilan con la lectura de lo antiguo. que de aquello, con ser tan fino y sabroso, es ya muy poco, casi nada, lo que queda en pié...

Los tiempos han cambiado, y con ellos han cambiado totalmente los gustos. Y como la sociedad en que vivimos es totalmente distinta en sus caracteres, en sus virtudes y hasta en sus vicios puestos en parangón con los que movieron la pluma y aguzaron la ingeniosidad de nuestros antepasados, se comprende que aquellos cuentos—que hicieron las delicias del público coetáneo para el cual fueron escritos—no gocen hoy sino de un mediano ó de ningún prestigio entre la gente que, por distracción ó por hábitos de cultura, se dedica á hojear de cuando en cuando nuestros autores antiguos. Sólo la fina flor de los eruditos, sólo aquellos á quienes sin demasiada irrespetuosidad pudiéramos llamar los sectarios del culto de las letras, conocen hoy y se embelesan releyendo los primores de la *Tía fingida* ó los donaires estampados en cualquiera de los cuadros, tan reales y tan *vivididos*, del maestro Zabaleta en su inimitable *Día de fiesta*.

Vivimos de prisa, y, como nuestra existencia es cada día más corta en razón á la celeridad con que caminamos, naturalmente queremos abarcar mucho y muchas cosas en breve tiempo, siempre ante el temor de llegar demasiado tarde y de que otros nos lleven la delantera. Así como en las ciencias, sobre todo en las ciencias experimentales, los libros más estimados hoy son los que compendian y resumen en un solo volumen lo que todos los sabios reunidos no consiguieron decir sinó en múltiples y empalagosos tratados, así también en literatura—hablo de la literatura de arte, de recreación, de pasatiempo, no de la trascendental y que pudiéramos llamar docente—los libros más buscados son los más cortos, aquellos que en menos páginas dan cosas más diversas y producen en igualdad de tiempo mayor número de sensaciones.

Por esto gusta tanto el cuento á la actual generación, que es esencialmente pasional y neurasténica. De los grandes autores—hablo de Francia—sólo Zola, Maupassant, Daudet, Mirbeau, consiguen hacerse leer desde la primera á

la última página de sus obras, sin que sus lectores habituales se permitan escamotear una sola. Esto sería para ellos un sacrilegio. De los demás autores de segundo y tercer orden, sólo hay alguna modistilla ó algún ocioso paseante en calle, como diría un antiguo profesor mío de geografía, que se atreva á apechugar con la lectura íntegra de sus libros. Los mismos críticos, que por profesión tienen el deber de leerlos, no hacen más que hojear sus primeras páginas, aunque claro es que no lo dicen, si es que en realidad se deciden á hablar de ellos en sus crónicas. Preguntad á los comerciantes de libros, á los editores de París: todos os dirán que el negocio va de mal en peor, y que sólo se venden las obras de media docena de autores consagrados por la fama... y los libros de cuentos.

Es indudable que en España se escribe muy bien, y no tengo reparo—antes al contrario huélgome en ello—para manifestar que, con ser España una nación más pobre en población y en vida y recursos intelectuales, posee un núcleo relativamente más considerable que Francia en prosadores-cuentistas. Pero..., todo tiene un pero. Haylos entre ellos muy brillantes, muy estilistas, muy refinados—acaso demasiado—, á quienes todo el mundo lee con gusto y cuyas producciones son admirables de pensamiento y de factura; mas, por poco que se ahonde, por poco que se compare, se verá en seguida que la influencia francesa predomina en ellos de una manera exagerada. Podría citar algunos; pero con esta maldita susceptibilidad que nos caracteriza, á todos los que tenemos sangre española en las venas, temo que algún autor patriota se me ofendiera, y prefiero decir con el poeta

A todos y á ninguno
mis advertencias tocan;
quien haga aplicaciones
con su pan se lo coma.

Con todo, de estos cuentistas afrancesados quiero nombrar uno, porque ya sé que ha de perdonármelo: como no es español de nacimiento, no hay miedo de que su patriotismo se sienta agraviado: Gómez Carrillo, jóven, ardiente, atrevido, brillante, artista en el alma, pudiendo tener es-

tilo castizo; se inclina por lo francés, y todo lo francés le domina. Se halla tan enamorado de Francia—y esto lo considera él como signo de mayor cultura—y de cuanto se produce y se escribe en Francia, que casi todo lo suyo no es más que una constante imitación del estilo y hasta de los asuntos franceses. Y como él, son otros muchos, afortunadamente no todos. La presente colección dirá si estoy ó no en lo verdadero.

Yo no apruebo esto, sin que por esto desconozca lo mucho y bueno que produce la tierra de Francia en materia de literatura. Tengo un concepto harto elevado del talento de nuestros autores—ahí está el malogrado Alas con su *¡Adiós, cordera!* que es un modelo, de corte puramente español, en su género; ahí están Dicenta y Rueda, y Nogales, y Roure y tantos otros que sería prolijo enumerar—para creer que necesiten saturarse de los autores franceses si quieren llegar al efecto estético y sensacional que se proponen cuando escriben. No hablo ya de los galicismos de lenguaje de que están plagados algunos cuentos, como si la hermosa habla castellana no fuese bastante rica para vestir con ropaje digno y propio toda clase de pensamientos, aún los más atrevidos (aquí de nuestros clásicos), sino de la comezón que se advierte en varios de ellos por venir á buscar los asuntos, los modelos, aquí, como si en España todo se hubiese estancado, como si en nuestro país, desde que sabios gobernantes prepararon y obtuvieron nuestro despojo allende los mares, no hubiese asuntos nacionales, ni vida social, ni tipos, ni costumbres, ni nada.

No hay para tanto. Yo creo—como dice el maestro Galdós en su hermoso prólogo que escribió no ha mucho para el libro de un autor novel—que los españoles, aun aceptando el estado de inferioridad relativa en que nos hallamos con respecto al de otras naciones, no valemos tan poco como nosotros mismos nos complacemos en pregonar estúpidamente en todas partes. En literatura y en arte tenemos aún por fortuna personalidad propia; en ciencia, alguna vez también se nos escucha y hasta se nos galardona. ¿Por qué hacemos, pues, esclavos de ajenas y

á veces perniciosas influencias, cuando podemos volar por nuestro esfuerzo y con nuestras propias alas?

ARTURO VINARDELL ROIG

Paris, Marzo, 1902.



NOSCE TE IPSUM

Desde la tierra y con su propia mano
coger quiso una pera
de un peral un enano;
más no pudo alcanzarla; de manera
que fué un intento deshonesto y vano.

Cruzar quiso un gigante una portada
de poquísima alzada
sin bajar la cabeza,
y castigo á su estúpida simpleza
fué sacar la cabeza destrozada.

Un ciudadano por demás obeso
se permitió el exceso
de apostar á correr con un delgado,
y después de perder la apuesta, un peso,
quedó rendido y además silbado.

*Esto prueba, harto bien, que no consiguen
más que burla y baldón
aquellos que, por necia presunción,
el camino no siguen
que les marca su propia condición.*

LUIS MORENO TORRADO
(Director de La República de Mérida.)



DIVERTIRSE

Cada cop que sento pronunciar aquesta paraula un somris de llástima brolla de mos llavis—fins aquest luxu 'm permeto—¡Divertirse! per mi es una paraula que no té cap significat. Enganyarse es mes just y no es tant vulgar.

Las inteligencias privilegiadas, las ánimas escullidas, no 's diverteixen, gosen.

Els raquítics d'enteniment, els cors mesquins, aqueixos solen perdre 'l temps.

Forsas n'hi ha que 's creuen que divertir-se es fer molt soroll y ofegar el crach esgarriús del relotje que marca els moments de la existencia que passen pera no tornar. Per molts d'altres aquesta paraula es una careta pera disfressar el vici.

Lo divertiment es las pessigollas que distrauen á molts que tenen l' aburrimént per herencia. Es el goig dels que no podrán gosar may. Veuréu sers qu' en llur cara hi portan marcada una tristesa eterna y volen divertir-se á tota costa.

Divertirse es lo crit de la humanitat sensa ideals; el deliri dels qu' en el mon no hi troven lo que 's pensaven y veient que la vida els hi resulta una mentida s' entussudeixen en cercar la felicitat que creuen els hi pertoca.

Divertirse es l' esforç enguniós dels qu' han perdut la ruta que porta á la ditxa relativa, lo desitj de las existencias grises; la borratxera dels inútils.

De l' orga de la vida el registre del divertiment tindria que sonar alegre y sóna llastimós, esquerdat, y molt cops no sóna, fa la fressa d' aquell instrument macábrich, que no sé cóm ne diuen, y qu' es fet ab ossos.

Jo 'ls conech fa temps y sé qui son els que forman aquestas multituds que 's diverteixen; hi ha temperaments de molts menas, cada un d' ells es fet de molt distinta manera, però en els ulls de tots plegats no hi vist may reflexada una alegría pura ni un sol llampech d' entussiasme. Y perque riuen se pensan que están alegres ¡ pobrets! Al sortir de sas diversions el fastich que 'ls espia, els hi pinta á la cara, ab son pinzell de burleta, una llastimosa ganyota.

Y veuréu joves ab cara de convalecents portant arrugas anticipadas y provisió de melanjía per vint dias.

Y veuréu noyas flacas de cos, famolencas d' ánima, consumidas per desitjos que no logran satisfacer ab sas mentideras horas de alegría esbojarrada, caminar lassadas, ab la boca contreta

per una terrible mueca de sofriment, portant á diatre potser, jermens de mort.

Son xais que van al escurxador estúpidament satisfets fent xibarrí y cabriolas sense un presentiment que 'ls posi en guardia.

El que més, pensa, per defensarse del ridícol que entreveu, la trinxera de la següent vulgar filosofia: Amarganta es la vida, donchs cal passar-la com més alegre millor procurantse totes las diversions possibles. Distrayém las penas.

Sí, distrayemlas; mes las penas no se las espanta amenassantlas ab aquell exigori que porta á la ma la Deesa de la bojería, no se las allunya ab ditxos y contorsions de putxinella, no se las ofega ab ruido de cascabells ni de riallas histéricas. Las penas s' endolsan abressantse ab ellas, acoronantlas, diluintles en l' espay infinit, en els oritzonts llunyans, entre las fullas que vibran al impuls del oratje; acostantlas al cel; pujantlas al cim de las montanyas; visquent ab ellas, portantlas demunt com una relliquia sagrada, com talismá miraculós, y ellas acaban per ser bonas companyas; ens ensenyan lo camí del art, ens lliuran de la imbecilitat riallera fent nostra esprit serio y profont.

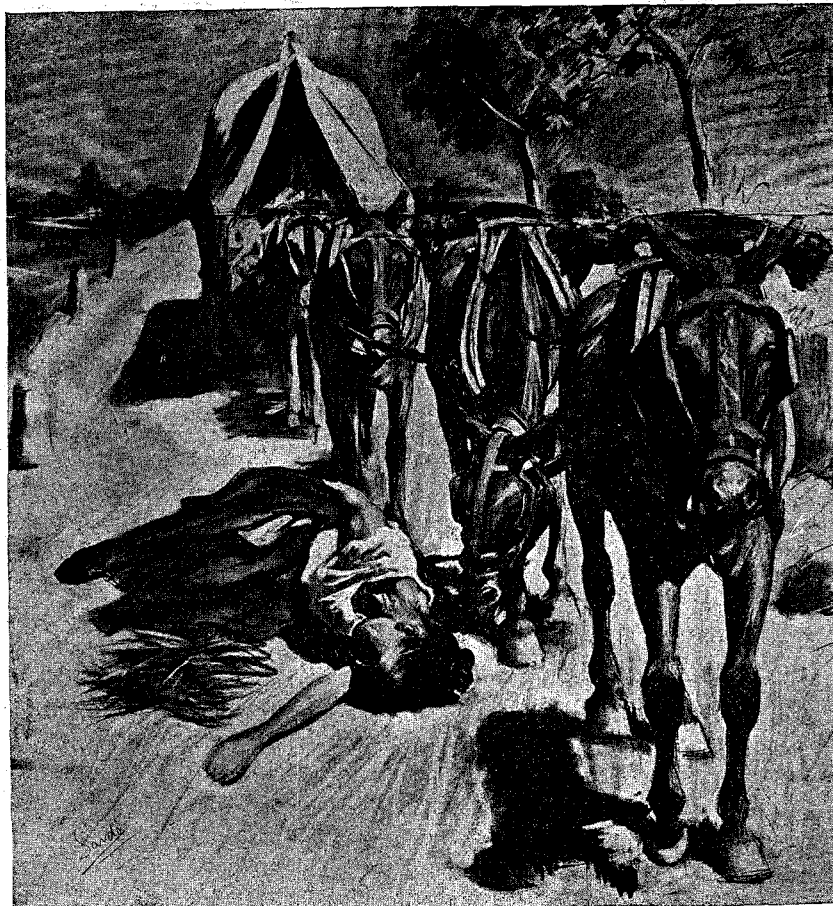
Cal podarlo arrán l' arbre de nostras il·lusions; no més podém deixarhi las branques menos ufanosas que son las únicas que fructifiquen.

Hem de apendre á fruír las tranquilas sensacions de la vida contemplativa. Estiguém contents de la felicitat que proporciona l' ausencia de la desgracia. Passem de llarch devant de las flors de drap y de las aranyas de vidre; estimém el sol y las flors boscanas y no 'ns refiém dels altres pera trobar l' alegría; busquém la tant sols en nostre cor.

PRUDENCI BERTRANA.

La mujer más modesta no encuentra voz más melodiosa que aquella que canta sus alabanzas.

En el teatro del mundo, el apuntador es el amor propio.



J. Sardá

(De *Juventut*)

MEDIODÍA

Al calor del sol brota fuego de la tierra soñolienta. El cielo estalla de luz. Cubre las montañas cenital de oro. La carretera polvorienta se extiende á lo lejos, blanca, infinita, abriéndose paso entre los campos. Sobre las llanuras flotan los insectos brillando. Una tranquilidad aplastante lo invade todo. En lejano lugar un río extiende su lámina tersa reflejando el cielo de plata. A lo largo de los caminos, árboles inmóviles, cuyas hojas no agita un soplo de aire, se destacan con un color verde violento sobre el dorado fondo de las montañas. Los pájaros no dejan oír sus cantos de regocijo. Es la hora en que desde el cénit el grande astro asaetea con sus rayos tierra y cielo.

Bajo la inmensidad ardorosa, por la carretera que llamea, va una segadora; camina lentamente y de cuando en cuando se detiene. Está fatigada; tiene sed. Pasa cerca de los árboles buscando sombra con inútil afán; el sol centellea perpendicularmente sobre los cuerpos.

La mujer llega á detenerse; ya no puede andar más. Forcejea consigo misma breves instantes; su corazón apenas late; sus ojos se dilatan...

* * *

En el lecho de polvo del camino que serpeando se pierde en la lejanía yace la víctima de la insolación.

Se oye el ruido de un carro que rueda pesadamente; los machos que lo arrastran con lentitud, hunden sus cascos en el suelo haciendo brotar torbellinos de polvo espeso.

El arriero echado sobre los bultos que en el carro hay, duerme como una bestia rendida por el trabajo, — los mulos siguen su marcha bajo el toldo de fuego del mediodía.

Al pasar junto á la mujer los mulos la husmean. Los ejes del carro chillan. Y las enormes ruedas pasan por encima de aquel cuerpo inerte amortajado con el polvo de la carretera.

El carro se aleja y el arriero continúa durmiendo.

c. R.

CUARTILLAS

Como gustamos de ver reflejada en la superficie de un lago tranquilo la imágen nuestra, gustamos de ver reflejado en el papel el estado de nuestra alma. En la cuartilla blanca, immaculada, impresionamos como en un espejo, ideas y sentimientos.

Cuando se trata de nuestras afecciones más recónditas, de nuestros más sutiles sentimientos, la pluma es enemiga de la hipocresía. Se miente mucho más hablando que escribiendo.

Se habla con cierta sinceridad irreflexiva, mientras que escribiendo se suele exponer las ideas sincera y atinadamente, sintiendo y pensando á la par.

Al papel confiamos todos nuestros secretos, las sensaciones más inextricables del alma, por parecernos un amigo leal y discreto.

Contad vuestros sufrimientos á un amigo; emplead las más dulces palabras para demostrar el amor que profesáis á una mujer; todo llega á borrarse. El corazón es un espejo ¡con qué facilidad huyen de él aquellas palabras! Es cierto que una de las grandes verdades es el olvido.

Por eso, cuartillas misteriosas, que encerráis mi historia, que aún me recordáis lo que nadie me recuerda, por eso, os amo como amo mi sombra, que siempre me acompaña. ¡ Único amigo que no nos desampara jamás!

Por eso, cuartillas, la emoción agita mi pecho cuando voy á desatar el balduque del fajo que formáis y esparcidas ante mí repaso mis recuerdos llenos de algo muy dulce confundido con algo muy amargo...

Leyéndoos por centésima vez se me ha figurado ver la ténue palpación de unos labios de mujer que modularon suavemente la mentira que me dió vida un día; he percibido como lejano eco de un rumor indefinible las vibraciones argentinas, ya apagadas, de aquellas palabras que me hicieron creer que es verdad el amor.

Las cuartillas dan fé de todo un pasado, y repasándolas encuentro el mismo alivio que experimento al contemplar unas ruinas venerables. Pues lo que pasó siempre tiene algo que nos seduce y nos atrae.

JUAN DEL MOLINO.

Gerona, Febrero, de 1902.

A LA FONT

A mon amic Joaquim de P.

Era en una de las fonts que hi han en els voltants plens de poesia d' aquesta ciutat.

Feya un dia espléndit. De las atapahidas boscurias sortia la alegroya xerradissa dels pillets del bosch; el sol devallava cap á lo desconegut, daurant els átomos; la inmensitat blava era com salpicada d' un polsím de plata ruhent; l' aire era suavíssim y portaba en sas alas transparentas aromas de flors, perfums reinosos, y aqueixa flaira especial que te la respiració de la terra infadigable.

A la font hi havia molts noyas alegres; tenian joventut y hermosura. Que estiguessin alegres, donchs, no era pas de extranyar. De llurs llavis com floretas de sanch, sortian riallas sinceras, produhidas á la ánima pel goig de viure. Llurs moviments eran seductors, gentils...

Més n' hi havia una de nena que no n' estava pas d' alegre. Tindria uns disset anys. Sa cara tenia 'l color mate propi dels tisichs; sos ulls blaus, somniosos, ab certa resplendor extranya; els llavis, que desclóia lleugerament, dibuixant un somris tétrich de desengany, eran d' un morat clar, prims y transparents; coronaba sa testa cabell ros abundant.

M' hi vaig fixar en ella quan s' obstinaba en beure aigua malgrat las observacions d' una dona que la acompanyaba ¡ Pobreta! Va acostar un got als llavis, y begué adalerada, com si begués la vida. Pro no se la va beurer tota la frescal aigua del got; una tos débil, com si invisible ma li esgarrapés la gorja, ho va interrompre; una suor tebia de malalt li humitejá la cara, tornantse aquesta vermella ab vermellor de foch que s' apaga; ab la ma crispada va apretar el mocadoret esquixat de sanch.

Va tenir vergonya y s' en va anar. Era com una intrusa al mitg d' aquellas noyas plenas de salut que reyan continuament sense respectar son dolor. Era com un lliri blanch colltorsantse; una flor esmortuhida al mitg dia quan el sol abrusa. Las altres eran flors pomposas de colors violents, regnant en el jardí de la vida.

La vaig veure allunyarse poch á poquet; el sol arrencaba resplandors de son cabell, semblant com si l' envoltés una aureola.

El sol tindria de revifar aquella animeta—vaig pensar jo; — ¡ es injust que sota las sevas cascatas de llum y de vida, un sér tendre s' en vagi á la fosca y mori!

Sempre que presencio aqueixas miserias irreme-

diablos una rebelión satánica se apodera de mí, conmoviéndome la ánima una protesta formidable, y empujados los labios a esta terrible sentencia de Arthur Schopenhauer: « Si un Deus ha fet aquest mon, jo no voldria pas ser aquest Deus; la miseria humana em rossejaria el cor ».

C. RAHOLA.

José Pagés Ortiz

La Alborada, notable ilustración que ve la luz en Buenos Aires, dedica una de sus brillantes páginas al malogrado artista-gerundense. Allí está su retrato; allí su personalidad dibujada por excelente pluma; allí, encabezándolo todo, las dos palabras con que se le pinta de mano maestra: *Bohemio y Soñador*; pero el distinguido literato que escribe todo aquello no logra imprimir en mi espíritu la idea de que Pepe ha muerto,

La palabra está allí, la frase se retuerce llorosa



junto al nombre de mi pobre amigo; veo la soledad, el abandono, las tristezas del artista catalán perdido entre lo muchedumbre desconocida de una gran ciudad americana; pero la idea de su muerte resbala por mi espíritu, no llega a mi corazón. queda allí sobre la página brillante dedicada al malogrado pintor que fué inseparable compañero de mi primera juventud.

¡ Si aún le veo! Éramos dos muchachos alegres que entrábamos del brazo en la vida, sonrientes felices, llevando en nuestra imaginación vencidos todos los obstáculos, salvados todos los abismos. ¡ Aun no se había alzado la negra sombra que luego vino a envolvernos! En las fiestas de la juventud se nos recibía con el corazón abierto a todas las expansio-

nes de la dicha, y acariciaban nuestras almas las frases del amigo, las sonrisas de la mujer soñada, todo lo que podía fortalecer nuestras esperanzas, dorar nuestras ilusiones, sostenernos en el camino del arte que para nosotros no tenía más que flores:

Al través de las doradas nieblas de los primeros entusiasmos llegan hasta mí los recuerdos venturosos: paseos interminables por la campiña, lejos de las sendas apisonadas, fuera de los caminos que otros habían abierto; a la luz de la luna, en las colinas blancas, solían dibujarse nuestras siluetas indolentes de soñadores vagabundos; cuando entrábamos en la ciudad y los murallones negros nos envolvían en sus sombras, no quedaba deshecho el encanto, no se esfumaba el ensueño: nuestras almas vencedoras de las realidades de la vida, seguían aleteando vigorosamente por encima de los hombres y las cosas.

Un día nos separamos. Pepe iba pensionado a Madrid; después marchó a Roma...

El ilustre Enrique Serra me habló un día de su discípulo predilecto.

Pero Pepe volvió de Roma con heridas de luchador en el alma; era un espíritu excesivamente delicado para arriesgarse en aquellos combates.

No basta el talento, no son suficientes para vencer, las extraordinarias facultades de artista; se necesita además un alma ruda, insensible al golpe, fuerte, casi brutal.

En Barcelona tuvo excelente acogida y sus exposiciones lograron elogios de la crítica inteligente.

La Vanguardia, *La Publicidad*, *El Diario de Barcelona*, todos dedicaron columnas al estudio del nuevo artista y le colmaron de alabanzas y le alentarón a seguir su camino, que era el camino de los vencedores; pero el alma inquieta del bohemio se decía llena de amargura: ¿ y esto es todo? Entonces fué cuando resolvió abandonar su patria y lanzarse al nuevo mundo.

De allí llegaban a veces noticias de sus triunfos...

Hoy ha llegado la de su muerte. ¡ Pobre amigo mío!

JULIO PIFERRER.

PERDICION

Mientras la madre cosía una camisa y Mario, sentado en el suelo, recortaba soldados de papel, entró de pronto el padre.

— ¡ Arriba, Mario! — exclamó — di á tu madre que te vista. Voy á llevarte á paseo.

El niño se levantó, y abrazando las piernas de su padre, exclamó:

— ¡Cuánto te quiero, papaíto mío! ¡Qué bueno eres!

— Vamos, Tecla, viste á Mario.

¿ Vas á llevarle á paseo? — preguntó la madre sin levantarse.

— Si: por milagro dispongo de dos horas, y como esta criatura no sale nunca conmigo...

La madre empezó á vestir al niño, y mientras le ponía los pantalones y le abotonaba el vestido, se acercaba al oído de Mario como si tratase de decirle algo en secreto á su hijo.

Pero el padre estaba allí esperando, sonriente y con el sombrero puesto.

— ¿ Vamos, papá? — exclamó Mario.

— No le compres juguetes — dijo la madre.

— No se los compraré.

Tecla dió un beso en la frente al niño, como si quisiese hacer hablar á sus labios una lengua desconocida.

La madre salió á la escalera y vió bajar al padre y al hijo, cuando de pronto gritó:

— ¡ Mario!

— ¿ Qué quieres, mamá?

— Oye una cosa. Ven á coger el abrigo por si tienes frío.

— No lo necesito. ¡ Adiós, mamá.

* * *

Al pasar por el barracón de las fieras, dijo el padre al muchacho.

— ¿Quieres entrar?

— No, papá; me dan miedo los cocodrilos. Cómprame un juguete con el dinero que debías gastar en el barracón.

Al pasar por delante de una tienda de juguetes, el padre no logró oponerse á los manifiestos deseos de Mario, y le compró una casa llena de árbeles y de casitas.

— ¿ Cuántas cosas habrá aquí dentro? — preguntó el chico.

— Quince ó veinte.

— Estoy contento porque con esto podré jugar en casa. El viernes me compró mamá un aro y una pelota de goma con los que no puedo jugar en casa por no exponerme á romper un espejo.

— Pero te servirán cuando salgas á paseo.

— El viernes estuve con mamá en el campo en coche cerrado, y al salir de la ciudad bajamos del coche.

— ¿ No habías salido nunca en coche cerrado?

— Nunca.

— ¿ Y allí jugaste con el aro y la pelota?

— Si, mientras mamá paseaba con Ricardo.

— ¿ Con Ricardo?

— Si; papá.

— Y qué hacía Ricardo?

— Pasear. Durante un rato, anduve con ellos; pero después me alejé en busca de la pelota, que se me había perdido entre unas matas. Cuando volví al sitio donde antes estaban, no encontré á mamá, pero después la encontré en el coche.

— ¿ Y Ricardo?

— Siguió con nosotros en el carruaje hasta que bajamos en la calle Nacional. Pero antes Ricardo dió un beso á mamá, y yo me eché á llorar..

Ricardo continuó en el carruaje, y nosotros nos dirigimos á casa. Pero ¿ por qué besó en el cuello á mamá no siendo ni Mario ni papaíto? Dile que no lo vuelva hacer.

— Se lo diré, hijo mío.

* * *

La madre esperaba al niño en el descansillo de la escalera.

— ¿ Vienes solo, Mario?

— Solo. Papá me ha comprado un juguete y unos pasteles para tí.

Tecla se puso pátida como la muerte, mientras el chico la miraba con ojos atónitos.

— ¿ Y dónde está tu padre, Mario?

— Ha ido á decir á Ricardo que no te vuelva á besar en su vida.

— ¡ Hijo mío! — gritó Tecla, cayendo desplomada en tierra con los brazos abiertos.

MATILDE SERAO.